



DIVAGACIONES

¡Arriba!

Como el Asirio se precipitó sobre sus víctimas, así la noche cayó sobre la aldea; y todo se hizo negro, como la pena. En el cielo lívido se recortó unos instantes, como un trapo que flotara al viento, el buho. Bajo el pórtico de la iglesia, un corrillo de chicuelos cuchicheaba animadamente cuentos de aparecidos y leyendas de peregrinos asesinados en los caminos solitarios. El murciélago escribía rasgos fugaces alrededor del viejo farol. Olfía a establo y a monte. Se oía el tan-tan de los cencerros.

Las vidrieras descoloridas de la iglesia esparcían en lo oscuro una suave claridad; a través de la puerta abierta sonaban los cánticos sagrados; las dulces notas del órgano volaban por el espacio hasta diluirse en las tinieblas. Era una hora tranquila y amable. El viento empezó a silbar en las quebradas húmedas de la montaña, donde vive el «pico verde», nacen las coronillas, el trébol rojo y los *gibelurdines*. En la noche se recortaban cuadraditos dorados que eran ventanas de hogares campesinos, junto a los que se gusta el placer de las viejas historias; brilló una puerta de luz y en ella se recortó un hombre que llevaba un farol; luego todo desapareció súbitamente.

Alguien gritó bajo los negros castañares: ¡Bonifasiooo!... La o, redonda y sonora, se perdió rebotando. Una estrella hacia guiños.

Sobre el prado flotaba una neblina tenue. Bandadas de pajarillos volaban de un lado a otro y en los jarales empezaban a zumbar las abejas. El arroyo que nace en la montaña, corría canturreando como cantan las viejecitas, cuando en las suaves tardes soleadas desgran



Un campesino ganchudo, montado en su caballejo...

mazorcas. Un campesino ganchudo, montado en su caballo, miraba en la arena de la orilla las huellas de la nutria. El paisaje jugoso se bañó de luz dorada. En el cielo un milano avizoraba; ladraban los perros hasta el infinito.

Siempre, desde abajo, la montaña infunde un vago sentimiento de temor. Es tan magnífica, que el hombre se ve ante su grandeza demasiado pequeño; pero luego es tan bella, tan amable, que se quisiera poder abarcar con los brazos tanta y tanta majestad. Amad a la montaña siempre, siempre; si sois niños, porque mañana seréis hombres sanos; si sois hombres sanos, porque mañana lo serán también vuestros hijos.

Por los senderos bajaban hombres de blusa negra, socarrones y afables; viejas enlutadas que traían velas amarillas envueltas con los mantos. Centelleaban al sol las *sabanillas*. Y todos tenían para el caminante ávido de la cumbre un saludo cordial.

Arriba aparecían los riscos ingentes que la luz temprana hacía rosados, y la niebla, que se agarraba a ellos en mechones, como se agarra la lana de las ovejas en los bardales. El monte todo respiraba vida; esparcían los brezos rojos un aroma acre salvaje, que se aspiraba con avidez. Los recodos de la senda oían el saludo cantarín de sus frescas fuentes, en las que se bañan las torcaces.

¡Arriba y siempre arriba! Todo lo más cerca del cielo. Allí, el aire puro que limpia la sangre, limpia también el corazón de ruindades.

Como un himno bravo, el monolito alzaba su magnífica silueta; un águila se paró en lo alto. Parecía entonces la más bella alegoría alpina. Se podía haber contemplado aquello durante largas horas. Era tan bello...

Caballitos lanudos corrían ondeando al viento las colas y relinchando. Abajo los senos opulentos de las colinas, y entre ellos, aldeas pequeñitas. Cada aldea un mundo; hay hombres y un Dios para todos. Después aquí, la carretera, es un hule sucio tirado en el campo; los ríos arañazos brillantes. Retazos de labrantíos, manchas oscuras de castaños, pinceladas de rocas adustas, cielo azul y sol.

La cumbre: el silencio augusto de la cumbre que hace recogerse al hombre en sí mismo obliga a pensar, a pensar mucho. ¡Es que se está más cerca de Dios!

FEDERADO 4412

(Del Grupo Alpino Turista, Baracaldo).

(Dibujos del autor).



Como un himno bravo el monolito alzaba su magnífica silueta.